



EN PÚBLICA SUBASTA

POR

Paulina Starke, Charles Ray, etc.

N.º 101

30 cts.

La Novela Femenina
Cinematográfica

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:

Cortes, 719, - Barcelona

Año II

N.º 101

THE AUCTION BLOCK 1926

En pública subasta

Adaptación literaria

de la película del mismo título, interpretada por

Eleanor Boardman y Charles Ray

Producción

METRO-GOLDWYN

Exclusiva de

METRO-GOLDWYN CORPORATION

Mallorca, 220.-BARCELONA

En pública subasta

Argumento de la película

Como digna terminación de un concurso de belleza del Atlántico, habíase organizado un banquete, seguido del correspondiente baile, en honor de la recién coronada reina.

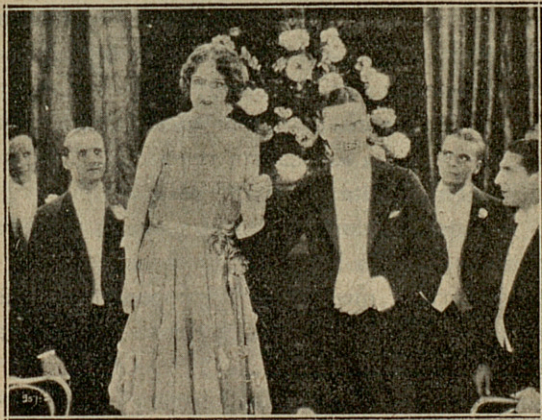
Los calores de las grandes ciudades habían arrojado sobre la hermosa ciudad veraniega un gran número de familias distinguidas y el salón de fiestas del aristocrático hotel ofrecía, momentos antes de empezar el baile, un aspecto deslumbrante.

Los potentes focos herían las blancas pecheras de los hombres y arrancaban rayos de luces, de diversos colores, de las ricas joyas con que se engalanaban las bellas concursantes e invitadas.

Lorelei Knight, una verdadera visión celestial, toda elegancia y distinción, natural de un apacible pueblecito de la Carolina del Sur, ha-

bía sido elegida Reina de la Belleza en los Estados Unidos y el organizador de la fiesta ofrecía el primer baile de la belleza elegida, para el mejor postor, diciendo:

—A ver, señores, ¿cuánto ofrecen por bailar con la Reina?



—A ver señores, ¿cuánto ofrecen por bailar con la Reina?

—¡Cien pesos! — gritó uno de los presentes.

—¡Doscientos! — ofreció otra voz.

—¡Animo, señores, ánimo! — volvió a decir el encargado de la recaudación — ¡Tengan

presente que lo que se recaude será para el Hospital de Niños!

Las ofertas subieron hasta quinientos pesos y ya nadie se atrevió a pasar esta respetable cifra.

Mientras tanto, un poco apartadas del lugar donde se verificaba la subasta, dos mujeres jóvenes, pero sin motivos para presentarse en ningún concurso, censuraban el fallo del Jurado, diciendo una de ellas:

—Francamente, no sé por qué la prefirieron a nosotras; si a eso llaman reina de la belleza, cualquiera resulta Venus de Milo.

En aquel instante se abrió la puerta y en su marco se dibujó la figura simpática de Roberto Wharton, que, como siempre, atrajo las miradas de casi todas las presentes, incluso la de la misma Lorelei.

—Ese es el "Chico Millonario de Pittsburgo", que le lleva ya gastada una fortuna a su padre — le dijo a su amiga la que poco antes criticaba el resultado del concurso.

El joven que subastaba el primer baile de la Reina de la Belleza, al verlo entrar, comprendió que ninguna ocasión se le ofrecería mejor que aquella, para elevar la oferta, y volvió a gritar:

—¿No ofrecen más de quinientos pesos? ¡Vamos, señores, menos tacañería! ¡Se trata de bailar con la Reina y no conmigo!

La puja empezó de nuevo y se oían varias voces gritando:

—¡Mil cien pesos!

—¡Mil doscientos!

Roberto oía, insensible, todo aquel barullo, sin apartar la vista de Lorelei, cuya belleza le había fascinado, desde el primer momento, hasta que el subastador llamó su atención, diciéndole:

—Vamos, Robertito, demuestre usted que la Reina vale más de mil doscientos pesos.

—Yo ofrezco dos mil quinientos — repuso Roberto tranquilamente.

—¿Hay quién dé más? — preguntó convencido de lo contrario el encargado de la subasta; y viendo que estaba en lo firme, terminó diciendo:

—Queda por Roberto Wharton.

—¿Has oído? ¡Dos mil quinientos pesos por bailar con ella! — exclamó una de las jóvenes de las que ya nos hemos ocupado antes —. ¿Habrás visto nada igual? En cambio *habe-*mos otras que hemos bailado con media huma-

nidad sin que nos hayan dado más que pisotones.

Roberto Wharton había comprado únicamente el primer baile, pero encontraba tan delicioso el tener entre sus brazos a aquella preciosa muñeca de carne, que no la abandonó en toda la noche.

Al terminar uno de los bailes, el muchacho, fascinado por el brillo de aquellos ojos soñadores, no pudo contenerse por más tiempo y exclamó:

—Pero, ¡cuidado que es usted bonita!

La joven, fingiendo no haber oído el piro-po, continuó la interrumpida conversación, diciendo:

—Ha pagado usted mucho dinero, señor Wharton, sólo por el capricho de bailar conmigo.

—Calcule usted, pues, lo que yo pagaría por tener la suerte de que llegara usted a sentir por mí lo que yo siento por usted, desde que la vi.

Comprendió Lorelei lo que Roberto quería decir y bajó la cabeza para que él no notara el rubor que había encendido en sus mejillas. Ella también, desde que lo vio, sintió por él una extraña atracción, que le hacía desear su com-

pañía, y las palabras del joven sonaban en sus oídos como una dulce melodía que le llegaba a lo más íntimo del alma.

Pasaron los días y durante una semana Roberto vivió dedicado por-completo a Lorelei, asediándola con invitaciones a teatros, bailes, comidas, paseos...

La joven aceptaba todas estas galanterías con manifiesta complacencia, y el último día de su estancia en aquella población se presentó Roberto con una enorme caja de bombones.

Lorelei, al ver la exageración del joven, no pudo contener la risa y Roberto, más contento que unas pascuas, por creer haber acertado el gusto de la joven, exclamó:

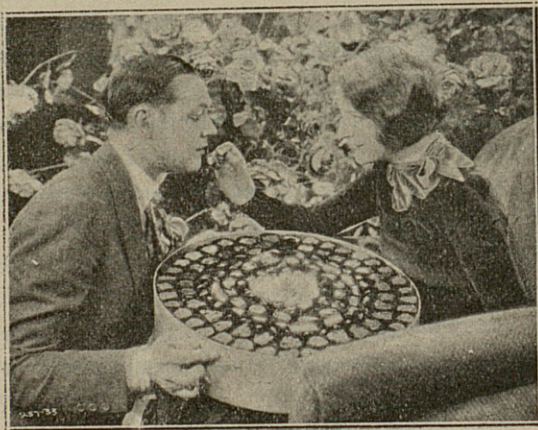
—Mañana le voy a traer a usted una caja de bombones que va a dejar a ésta hecha una miniatura.

Entre risas y bromas transcurrían suavemente las horas para los dos enamorados, hasta que la triste realidad vino a sacarlos de los rosados países de ensueños, donde imaginariamente se habían transportado.

El momento de la despedida había llegado y Roberto, pensando que el día siguiente sería el último que pasaría al lado de su amada, le suplicó:

—Lorelei, yo no puedo conformarme con que usted se vaya; estoy enamorado de veras y esto no tiene más que un camino: el del matrimonio.

—Pero, Roberto — exclamó la joven —



—Mañana le voy a traer a usted una caja de bombones que va a dejar a ésta hecha una miniatura.

considere usted que apenas nos conocemos.

—¿Y qué? — repuso el muchacho que no podía avenirse a la idea de perderla—. ¡Tiempo habrá para conocernos después de casados!

La oposición de Lorelei era fácil de vencer. Su corazón deseaba esta unión con el mismo afán que el joven y poco trabajo le costó a éste convencerla.

Algunas horas después, los dos jóvenes, dispuestos a unir para siempre sus vidas, se encontraban delante del juez de la población, que les hacía las rutinarias preguntas de:

—¿Aceptáis a esta mujer por legítima esposa?

—¡Ya lo creo! — contestó inmediatamente Roberto.

—¿Aceptáis a este hombre por esposo? — volvió a preguntar el juez.

—Sí — repuso Lorelei.

—Entonces; ya están ustedes casados — exclamó el representante de la Ley, a la vez que les entregaba la licencia matrimonial.

Y los dos enamorados, locos de alegría, se dirigieron hacia la estación, para tomar el primer tren que salía para Pittsburgo, donde pensaban pasar la luna de miel.



En esta última población vivía el padre de Roberto, conocido por "El millonario Whar-ton" y desde allí, su brazo se extendía pródigi-

go a todas las poblaciones donde se hallaba su señor hijo, para satisfacer todos los gastos de éste.

Mientras el tren en el que viajaba la feliz pareja devoraba, en frenética carrera, kilómetros y kilómetros, el señor Wharton, sentado ante su mesa, llena de papeles, examinaba las cuentas que le presentaba su secretario, a quien le preguntó:

—¿A cuánto ascienden los gastos de mi hijo en este mes?

—A diez mil ocho pesos — contestó el secretario.

—¿En qué gastaría ese muchacho los ocho pesos?

—No le puedo decir, señor; solamente sé decirle que los gastos de su hijo aumentan cada vez más.

—Es verdad, pero no se puede negar que mi hijo es un gran muchacho — exclamó el padre, a quien le divertían grandemente todas las travesuras de Roberto.

Habían terminado el examen de todas las cuentas y el secretario salía del despacho, cuando se encontró con Roberto, que le presentó a su esposa y le preguntó:

—¿Cómo cree usted que recibirá mi padre la noticia de mi boda?

—Pues... sentado — repuso aquél, que comprendió entonces la inversión de los ocho pesos que figuraban en la cuenta.

El señor Wharton quedó sorprendido al ver a su hijo acompañado de una joven, y antes que pudiera pronunciar una palabra, le echó éste los brazos al cuello, diciéndole:

—¡Felicítate, papá, por tener un hijo que ha sabido proporcionarte una nuera como ésta!

En el bello rostro de Lorelei adivinó el señor Wharton toda la dulzura del alma de la joven, y agradablemente impresionado exclamó:

—¡Mi enhorabuena, Roberto!... y a usted, hija mía, mi más sentido pésame.

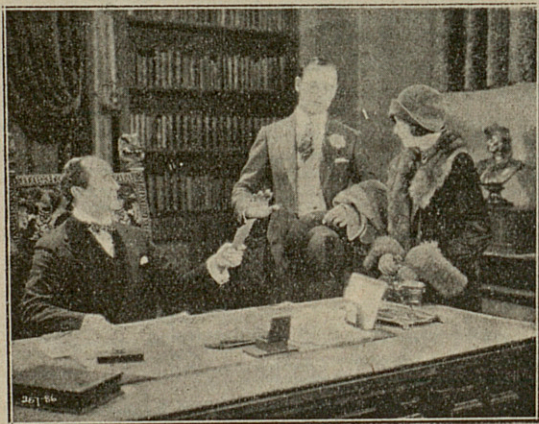
La única debilidad de Wharton era el acendrado cariño que sentía por su hijo, y comprendiendo que en aquella ocasión le haría falta dinero, sacó el talonario de cheques, extendió uno y se lo entregó a Roberto, que lo rehusó, diciéndole:

—No, papá, de ninguna manera; ya sabes que siempre me he negado a aceptar dinero cuando tú has querido dármelo.

—¿Y de cuándo acá esos escrúpulos, mu-

chacho? — le preguntó extrañado su padre—. ¿Es que acaso tienes bastante con los intereses de todo el dinero que te he dado hasta ahora?

La conversación había tomado un curso muy



—No, papá de ninguna manera...

distinto del que él quería darle, y echando a broma las palabras de su padre, le dijo a su esposa:

—Mi padre es muy amigo de bromas y hará unos veinte años me prestó cinco centavos y aprovecha cuantas ocasiones se presentan para echármelo en cara.

Luego, dirigiéndose al señor Wharton, quiso explicarle disimuladamente las causas de su actitud y continuó diciendo:

—Lorelei no se habría casado nunca con un hombre que tuviera que atenerse a lo que le dieran en su casa, en vez de vivir de su trabajo; por eso me eligió a mí. Ella y yo viviremos de mis rentas y en mi propia casa.

Y sin dejar que su padre volviese a hablar, por temor a que descubriese toda la verdad, se despidió de él y salió con su mujercita del despacho, pensando de qué medios se valdría para apoderarse de aquel cheque que tanta falta le hacía.

Una vez en la habitación inmediata, se detuvo como sorprendido por un rápido pensamiento y le dijo a su esposa:

—Espérame un momento. No me ha gustado el modo cómo me ha tratado mi padre; eso de ofrecerme dinero en broma me parece ofensivo y voy a hablar con él cuatro palabras.

Dejó a su esposa en la antesala y entró de nuevo donde estaba su padre, a quien le dijo, a la vez que se apoderaba del cheque:

—Oye, papá, creo que no has estado oportuno al hablarme en la forma que lo has hecho delante de mi mujer... ¡Eso de insinuar que

yo venía a pedirte dinero, francamente!... Debías de habérmelo dado sin que ella lo viese.

Y una vez en su poder el cheque que le solucionaba por lo pronto su crítica situación económica, llevó a su mujercita a su piso de soltero y le dijo:

—Mi vida, aquí formaremos nuestro nidito de amor.

Mientras él fué a cambiarse de ropa, Lorelei se entretuvo en inspeccionar su futuro hogar y quedó sorprendida al ver varias fotografías de diferentes mujeres, dedicadas a su marido.

Este descubrimiento le hizo creer que se había casado con un calavera empedernido, y sufrió tal decepción, que cuando entró Roberto la encontró tan melancólica, que le dijo:

—¿A que adivino lo que te pasa? Estás muertecita de hambre, ¿verdad? Voy a buscar algo que comer.

Pero en aquel instante una insistente llamada del teléfono le hizo coger el auricular y oyó una voz de mujer que le decía:

—¡Hola Robertito! No sabes lo contenta que estoy al saber que estás de vuelta.

Por desgracia el aparato telefónico tenía dos receptores y Roberto, al ver que su mujer es-

cuchaba también, intentó explicar aquella llamada, tan inoportuna, diciéndole:

—Con seguridad que es alguien que quiere felicitarnos por nuestro matrimonio.

Pero la voz femenina volvió a decir:

—¿No me dices nada, corderito mío?

—¡Qué corderos ni carneros, señora — contestó el muchacho, indignado, al pensar el nubarrón que se le venía encima—. Le han dado a usted un número equivocado; esto no es ningún rebaño.

Y soltando el auricular pretendió disculparse con su esposa, diciendo:

—Estas telefonistas son una calamidad; es la cuarta vez que comunican con esa señora que, por lo visto, es la madre del cordero... He hecho cambiar unas diez veces el número del teléfono y todavía se equivocan.

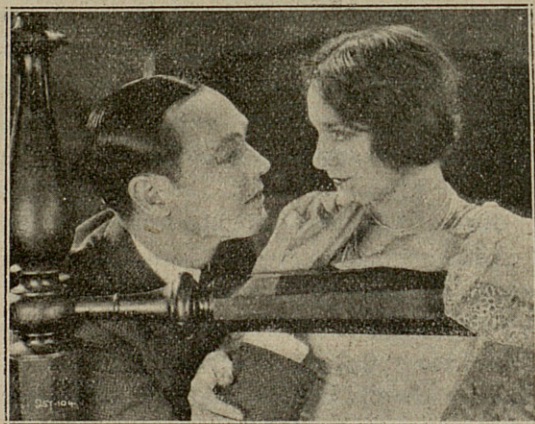
Loreley llevaba horas en la casa, pero ellas habían sido más que suficientes para enterarse de la conducta desordenada que había llevado Roberto antes de conocerla. Mujer de ideas exageradamente moralistas, no podía consentir aquello y decidió abandonar a su marido, antes que compartir con él la vida licenciosa que creía no tardaría en empezar de nuevo.

Roberto no sabía qué partido tomar al ver

la severidad con que lo miraba su mujer. Y para quitarle importancia al hecho exclamó, pretendiendo acariciarla:

—Estás consadísima. Vete a la cama y descansarás.

Pero ella le rechazó violentamente, a la vez



—*Estás cansadísima. Vete a la cama.*

que le decía:

—¡De donde me iré será de esta casa; mi casamiento contigo ha sido una terrible equivocación!

—¡Lorelei, por favor, no tomes así las co-

sas! Ya verás como te lo explico todo y te convencerás de que no hay motivo ni para el más leve disgusto.

—De ninguna manera seguiré un día más



—*Pero, vida mía ¿no ves que todos esos retratos son reliquias de familia?...*

con un hombre que tiene convertida su casa en un museo de retratos con dedicatorias — le contestó indignada la joven.

—Pero, vida mía, ¿no ves que todos esos retratos son reliquias de familia? Se los regalaron a un abuelo mío allá en sus verdes años.

Todos los esfuerzos y súplicas de Roberto fueron inútiles para detener a su mujer, que en el momento de partir sacó del maletín de viaje la partida de casamiento y el anillo de boda, diciéndole:

—¡ Ahí tienes la partida de matrimonio y el anillo que me diste; para nada los quiero!

Y el pobre Roberto, el muchacho preferido por las mujeres, que hasta entonces había tomado el amor como un verdadero juego de chiquillos, lloró desconsoladamente al cerciorarse de que su adorada mujercita lo abandonaba sin querer escuchar sus disculpas.

En el tranquilo hogar de los Knight ignoraban la boda de su hija Lorelei con el hijo del millonario Wharton; y la misma tarde de su llegada, el padre leía complacido dos interesantes noticias que publicaban los diarios.

La primera de ellas decía:

Loreley Knight regresa a los patrios lares.

“La gentil Reina de la Belleza ha llegado esta mañana, cuando menos se la esperaba; sus coterráneos han improvisado un entusiasmo recibimiento.”

Loreley oía indiferente la lectura, hasta que su padre llamó su atención sobre la segunda noticia que decía:

“Circula con insistencia el rumor de que la familia de la señorita Knight anunciará en breve los esponsales de ésta con el joven Carlos Lane, hijo de uno de nuestros principales banqueros.”

—¿Qué te parece la noticia, hija mía? — le preguntó el señor Knight; pero Lorelei, para evitar que la conversación siguiese por el mismo camino, hizo un signo de indiferencia y salió de la habitación.

Su asombro no tuvo límites cuando, al cerrar la puerta y volverse, se encontró con Roberto que le decía:

—¿Qué tal, señora Wharton? — y sacando el documento que le había devuelto la joven y la sortija, se los ofreció, diciéndole:

—Aquí tienes la partida de matrimonio y el anillo.

—¡Ya te dije que no los quería para nada! — repuso resueltamente la joven—. Lo mejor es que te marches por donde has venido. Nadie sabe aquí que estoy casada.

—¿Marcharme yo? — exclamó riendo Ro-

bérto—. ¡De ninguna manera! Para algo somos marido y mujer.

—Te he dicho que no quiero continuar casada con un hombre que vive entre un harem de retratos y además necesita que su padre lo mantenga.

—Me quedaré en Palmdale y te demostraré que puedo vivir sin retratos y sin que nadie me mantenga — insistió nuevamente Roberto. Pero ella, sin disminuir su enojo repuso:

—No seguiré casada contigo ni un día más; entablaré juicio de divorcio.

—Sí, ¿eh? — exclamó él, sacando un almanaque de esos que suelen llevar en sus páginas anécdotas, chascarrillos, trozos de leyes, etc....

— Escucha lo que dice aquí:

“Las leyes de este Estado sólo conceden la separación de los cónyuges, pero en ningún caso el divorcio absoluto.”

El señor Knight oyó a su hija hablar con un desconocido y salió en aquel momento, para saber quién era.

Loreley se vió perdida y, antes de declarar la verdad, se valió de un ardid para ocultar su casamiento.

Sin dudarle un instante, llevó a la práctica

su pensamiento y presentó a Roberto, diciéndole a su padre:

—Este señor es viajante de una casa de comercio y venía a hablar contigo.

—¿Qué vende usted, joven?



—Nadie sabe aquí que estoy casada.

Eso era precisamente lo que no sabía él, lo que vendía.

¡En menudo apuro le había metido su mujercita!

¿Qué le iba a ofrecer a aquel señor? Como no fuera el almanaque. ¡Ya estaba: aquello era

lo mejor; y sin dudarle un minuto más le contestó:

—Vendo almanaques.

Y, como un verdadero viajante, empezó a hacerle el artículo diciéndole, a la vez que le mostraba el que llevaba en la mano:

—Es un verdadero tesoro, el libro más informativo y completo que hay en el mundo; no hay nada que no se encuentre en él. Los vendemos encuadernados o a la rústica; con filetes dorados o sin ellos; en edición de bolsillo o en tamaño natural...

El señor Knight le oía hablar sin poder atajar la serie de disparates que decía aquel hombre, que parecía un gramofono que repetía por centésima vez un mismo disco.

Loreley contenía a viva fuerza la risa que le producía aquella escena y reconocía que, indudablemente, su marido podía vender simpatía, con la misma facilidad que le había vendido a su padre el almanaque. Mas de pronto recordó la conversación del teléfono y los retratos que Roberto tenía en su casa y de nuevo se indignó contra él. Cogió a su padre del brazo y entró en el interior de la casa dejando al muchacho asombrado de aquella "cordialísima" despedida.

La apacible y rutinaria población de Palm-dale no tardó en sentir la influencia renovadora de Roberto Wharton.

Cumpliendo la promesa hecha a su mujer, el joven enamorado había conseguido entrar de dependiente en una zapatería y su trato exquisito y su simpatía atrajeron bien pronto a las principales damas de la población, y el establecimiento adquirió a los pocos días un gran impulso.

Eduardo Blake, el dueño de la zapatería, veía como su negocio, desde que entró el nuevo dependiente, subía más deprisa que la espuma y no tardó en nombrarlo jefe de la casa.

A pesar de su cargo, las parroquianas exigían que fuera precisamente Roberto el que las probase el calzado y éste accedía gustoso a ello, teniendo siempre una frase de galantería que las dejaba más satisfechas que un descuento en el precio.

Loreley no sabía nada de la nueva ocupación de su marido, ni había vuelto a saber de él y, como siempre, continuó frecuentando la casa de Lane.

En una de estas visitas, Berenice, una muchacha de diez y ocho primaveras, pero sin un átomo de sentido común y hermana de Carlos Lane, le dijo:

—Acompañadme a la zapatería de Blake; el dependiente nuevo es un chico encantador; con decirte que no se pasa día sin que me compre un par de zapatos, sólo por verle...

Lo que menos podía suponer Loreley era que el dependiente a quien se refería su amiga era precisamente su marido; y sin la menor sospecha de ello, acompañó a Berenice a la zapatería.

Tan pronto como entraron, llamó ésta a Roberto y le dijo:

—Voy a presentarte a mi amiga, la señorita Knight.

—Me parece haberla visto a usted en otra ocasión, señorita — repuso el joven Wharton, afectando cierta indiferencia; y luego dirigiéndose a Berenice, le preguntó:

—No sabe usted cuánto me alegro de verla por aquí, señorita Lane. ¿Qué calzado desea usted hoy?

—Llevaré del mismo que compré ayer — contestó ésta sin darle importancia a la compra.

Trajo Roberto los zapatos que le pedía, y mientras se los probaba le dijo:

—¡Qué pies tan primorosos tiene usted!

—Eso mismo me dice todos los días — exclamó riendo la joven.

—Después de todo, ¿qué importa un piropo más o menos entre personas que se estiman? — terminó diciendo el muchacho, a la vez que le entregaba la caja conteniendo los zapatos, y saliendo hasta la puerta para despedirlas.

Todas las noches, Carlos Lane iba a visitar a Loreley y, todas las noches también, Roberto espiaba desde el jardín, a donde daba el balcón del cuarto de su esposa.

Aquella noche, mientras el enamorado marido veía desde su observatorio dibujarse tras los visillos del balcón la esbelta figura de su mujercita, el perro, que se había soltado, se abalanzó sobre él y Roberto se vió precisado a saltar al balcón, para librarse de los dientes del feroz can.

Al verse tan cerca de Loreley, no pudo resistir a la tentación y llamó suavemente en los cristales.

Abrió ésta las puertas y al verlo exclamó enojada:

—¿Cómo te has atrevido a venir aquí? ¡Vete en seguida!

—¿Pero cómo quieres que me vaya, para que ese perro me haga pedazos? —repuso Roberto, que queriendo aprovechar aquella ocasión volvió a suplicarle—: Lorelei, esta comedia dura ya demasiado y es preciso ponerle punto final.

—Es inútil, completamente inútil.

—Pero, mujer, no seas así. ¿No comprendes que mi único deseo es hacerte dichosa?

—En ese caso, márchate.

El tono con que fueron pronunciadas estas palabras hirieron tan a lo vivo el corazón de Roberto, que sin poder ocultar su pena, exclamó:

—Te prometo no volver a importunarte más... Adiós, Loreley.

Mientras él se marchaba, comprendió la joven que había estado demasiado dura con su marido, a quien, a pesar de todo, amaba con toda la fuerza de su primer amor, y sintió que ante la amenaza de no volverlo a ver los ojos se le llenaban de lágrimas.

**

De progreso en progreso y de innovación en

innovación, Roberto Wharton llegó a ser socio de la zapatería en que entrara como dependiente; y al enterarse su padre, le enseñó el periódico, que su hijo le había mandado, a su secretario, diciéndole:

—Se me hace muy cuesta arriba creer que pueda ser verdad tanta belleza; voy a ir a Palmdale.

Berenice, completamente encaprichada con Roberto, no dejaba pasar un día sin ir al establecimiento y, después de rogárselo mucho, le hizo prometer al joven que un día la acompañaría a dar un paseo en automóvil.

Esta promesa no se veía nunca cumplida y la muchacha esperó una tarde que cerraran la tienda y casi a viva fuerza lo hizo subir a su coche.

Resuelta a conseguir que Roberto se casase con ella, cuando se encontraron a bastante distancia del pueblo fingió que se le había caído el sombrero y, mientras que Wharton fué a cogerlo, le quitó una pieza al motor, inutilizándolo momentáneamente.

Algunas horas después, sonó la bocina del auto de Berenice y sus familiares corrieron a la puerta, seguros de que algo grave debía haberle acurrido; mas, al verla en compañía de

Roberto, quedaron sorprendidos y éste procuró disculparse, diciendo:

—Siento mucho que hayamos llegado a esta hora, pero cuando se va en automóvil ya se sabe que está uno expuesto a percances.

—Señor Wharton — exclamó severamente el señor Lane, así que hubieron entrado en la casa—. Aquí en Sud Carolina sabemos hacer respetar a nuestras mujeres; y al hombre que coloca a cualquiera de ellas en una situación comprometida no le quedan más que dos caminos: el de casarse o el de morir.

—En todo esto no hay más que una mala inteligencia que Berenice será la primera en aclarar — repuso Roberto.

—¿Qué es lo que tú tienes que decir? — le preguntó su padre.

—Papá, la verdad es que... que Roberto debe casarse conmigo — exclamó la joven descaradamente.

Entonces, el señor Lane, en el colmo de la indignación, se volvió hacia Wharton y le dijo:

—Dé usted gracias a Dios de que es usted soltero, porque si hubiese sido casado, le mataría como a un perro.

Loreley oía todo aquello y comprendía, por

la actitud de su esposo, que éste era verdaderamente inocente.

Dispuesta a salvarle, se llevó a Berenice a otra habitación y la obligó a decirle toda la verdad, pero se abstuvo de decir nada hasta ver en qué paraba aquello.



Al día siguiente seguía Roberto vigilado en casa de Lane, cuando se presentó su padre en el despacho del banquero, diciéndole:

—Acabo de llegar de Pittsburgo con el propósito de ver a mi hijo a quien me dijeron encontraría aquí.

—¿De modo que usted es don Roberto Wharton, el millonario de Pittsburgo? — exclamó alegremente Lane—. Celebro mucho conocerle; tanto más cuanto que pronto seremos de la familia; Roberto, su hijo, va a casarse con mi hija Berenice.

El señor Wharton quedó sorprendido ante aquellas palabras, y por fin exclamó:

—¡Eso no puede ser; mi hijo es un hombre casado!

Salió disparado, como una bala, el banquero, seguido de Wharton, y mal lo hubiera pasado

el pobre Roberto, si en aquel momento no se presenta Loreley, con Berenice, diciendo:

—Señor Lane, su hija tiene que decirle a usted algo muy importante — y dirigiéndose a su amiga, le ordenó: —¡Repítele a tu padre todo lo que me has dicho!



—*Se llevó a Berenice a otra habitación y la obligó a decirle toda la verdad.*

En vista del silencio de ésta, Loreley continuó diciendo:

—Berenice fué la culpable de todo lo ocurrido; el señor Wharton se portó como un ca-

ballero y no tuvo la menor culpa de la tardanza.

—Está bien — la atajó la hija de Lane—. Sea como sea, estoy enamorada de Roberto y quiero casarme con él.

Loreley, sin hacer caso de la interrupción, continuó hablando:

—Berenice impidió el funcionamiento del automóvil a fin de obligar a Roberto a permanecer con ella la mayor parte de la noche.

—Pero ¿y Roberto, dónde está? — preguntó su padre, al ver que éste había desaparecido.

Entonces Loreley, que le había visto esconderse en una habitación, llamó a la puerta y le dijo:

—Ya está todo arreglado y yo estoy arrepentida de todo; ¿me perdonas?

Pero éste, queriéndole gastar una broma a su esposa, le contestó, sin abrir la puerta:

—¡No, qué te he de perdonar! Ya estoy escarmentado y no quiero seguir siendo tu marido ni un día más.

—Pero, Roberto, Robertito... ¿será posible?... recuerda que soy tu esposa — suplicó ella.

—Lo fuiste, en días que ya pertenecen a lo pasado — repuso él siguiendo la broma.

—No seas malo, Robertito, dame la partida de nuestro matrimonio y devuélveme el anillo, para ponérmelo.

Pero Roberto quería llevar aquella situación hasta el último extremo, y cogiendo un puñado de papeles lo acercó a la puerta, con el fin de que su mujer lo oyera y exclamó, a la vez que los rompía:

—La partida de matrimonio la haré veinte y cinco mil pedazos antes de entregártela.

Loreley creyó de veras lo que decía su marido, y sin poderse contener cayó al suelo llorando desconsoladamente.

Al oír los sollozos, salió Roberto y echándose donde estaba su mujer, la abrazó lleno de amor, a la vez que le enseñaba intacta la partida de casamiento y le ponía el anillo.

La joven, al sentir en los brazos de su marido, que le secaba cariñosamente las lágrimas, sonrió con el corazón lleno de alegría, a la vez que le ofrecía sus labios para recibir en ellos la caricia de los de su esposo, que la besó con infinita pasión.

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existen depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbará, 10, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN